



breescitacion nerviosa, que trató de despertar á aquel durmiente, cuya respiracion tanto le admiraba, ora fuese un animal ó un hombre. Volvió á encender su linterna, volvió á coger la estaca que habia cortado y dando golpes en las matas, en los sepulcros, gritando, cantando y haciendo un gran ruido recorrió todos los alrededores de la capilla.

Despues parándose de pronto se puso de nuevo á escuchar.

En todos los alrededores reinaba el mas profundo silencio.

—¡Ah! dijo respirando libremente; bien sabia yo que era una cosa natural y era un loco en figurarme un milagro. Dios no los permite ya por desgracia...

Y apagó su linterna.

Inmediatamente volvió á comenzar el ruido, pero mas perceptible y mas melancólico que antes. Habia ahora en aquel suspiro, en aquel gemido, como una dulce y triste reconvencion.

—¡Perdon! exclamó Lionel con una recrudescencia de entusiasmo y de fé. ¡Perdon, por haber turbado tu sueño, Alicia! Yo lo respetaré en lo sucesivo... te lo juro... pero todas las noches, sin ruido, volveré á oirte dormir... alma querida de quien quiero ser amigo!

Largo tiempo todavía anduvo vagando por el viejo cementerio, tan pronto escuchando con muda sonrisa, tan pronto hablando en voz baja á la encantadora sombra que acababa de crearse en su imaginacion.

Figurábsele en ella, veíala pálida y rubia con una ange



¡Gracias, amiguito, por lo bien que haces mi tarea! ¡Parece que no va mal de pesca!

lical mirada en sus azules ojos, con un largo velo, flotando en derredor de ella. Se deslizaba, cual una ligera niebla sobre la superficie del estanque, ó corria sobre las yerbas sin doblarlas con el peso de su ligero pie, ó se suspendia graciosamente en las mas altas ramas de los árboles, ó revoloteando en el aire alrededor de su adorador, cada vez mas encantado.

Asi hubiera permanecido toda la noche entera sin una voz vigorosa que le llamó desde el camino y que le hizo cortar en dos una de las estrofas mas elegiacas que dirigia á su querida sílfide.

—Hola, sobrino, le gritaba hacia un rato su tio Garvis ¿con quién demonios te estás charlando ahí á la luz de la luna? Vamos pronto, que es tarde y es hora de recogerse.

SEGUNDA SERIE.—1862.

II.

Era un excelente hombre aquel tio Garvis. Hacia sin embargo, algun tiempo que se notaba un cambio en su persona, desde que era propietario de los vastos dominios de Obrian; parecia ahora preocupado, inquieto y descontento de sí mismo; tenia una singular tristeza. Dormia poco y muchas noches se las pasaba paseando como un alma en pena.

No se habia escapado esta mudanza de carácter á su sobrino, pero el tio habia procurado evadir cuantas preguntas le hacia éste sobre la materia.

Precisamente aquella noche el viejo estaba mas compla-

AÑO XX.

ciente, y rabiando por hablar: Lionel cuando aquel le preguntó que era lo que hacía á aquellas horas en el cementerio, le contestó:

—Hablabas á los fantasmas de la noche. ¿No es verdad, tío, que los hay en el viejo cementerio de Obrian?

Al oír aquellas palabras púsose pálido el anciano, y comenzó á temblar. Apretó el paso y se volvieron á su casa.

Silenciosa fué la cena, y el tío Garvis parecía lleno de una sombría angustia: Lionel pensaba en Alicia, en la que soñó toda la noche, y aun estaba durmiendo agradablemente á la mañana siguiente cuando sonó la campana para la hora del desayuno.

Vistióse de prisa y corriendo, y se fué á reunir con su tío que hacía algunos minutos le estaba aguardando.

El bueno de Garvis todavía se hallaba pálido, y su rostro revelaba que había tenido calentura aquella noche.

Declaró no obstante que se sentía muy bueno, que se iba á marchar á Dublin, previniendo que no le aguardasen hasta el día siguiente, y despues de tomar café se marchó.

Lionel se alegró de hallarse solo, y se apresuró á marcharse á la capilla del cementerio. Llegó allí conmovido con un voluptuoso temor y se sentó cerca del sepulcro de Alicia.

Reinaba el mayor silencio, que solo interrumpia el ruido de la rueda del molino y el murmullo del agua del acueducto que la hacía mover. Lionel despues de haber meditado largo tiempo se levantó, se dirigió á la capilla, cuya puerta estaba solo entornada, y entró en ella.

Se arrodilló y oró por el alma de Alicia, pidiendo á Dios le permitiese oírle todas las noches á la orilla del estanque y ver su imagen durante su sueño.

A fuerza de pensar en Alicia, Lionel había en su poética imaginacion formado una creacion fantástica, de la que había llegado á enamorarse y á la que esperaba ver un día.

Salió al fin de la iglesia, pero no acababa de resolverse á alejarse de allí.

Afortunadamente había traído consigo su cartera de dibujo y su caja de pinturas. Fué á sentarse al otro lado del estanque, y comenzó á bosquejar un paisaje, cuidando de colocarse de modo que á él nadie le viese y él pudiese ver á cuantos pasasen por el camino ó paseasen por la otra orilla. Hacía ya algunas horas que se hallaba oculto entre unos sauces pintando, cuando oyó un repentino zambullido que agitó las aguas del estanque.

Asombrado levantó la cabeza el jóven pintor y miró.

III.

Un moceton acababa de arrojarle al estanque, donde con agua hasta la cintura caminaba con la circunspecta cautela de un matutero de profesion. Al llegar á cierto punto donde había varias plantas acuáticas, metió sus dos brazos, y sucesivamente sacó diversos anzuelos desprendiendo peces de los unos y volviendo á colocar cebos en los otros.

—¡Hola! ¡Hola! dijo Lionel, son mis anzuelos que completamente había olvidado, parece que este pilluelo tiene mejor memoria que yo.

La pesca se terminó rápidamente: al saltar en tierra el pescador de contrabando, se encontró cara á cara con Lionel. Quedóse estupefacto con una pierna en el airé, las dos manos suspendidas y helada en sus labios la sonrisa de sa-

tisfaccion que brillaba pocos momentos antes en sus labios.

Durante algunos segundos, Lionel lo contempló riéndose y le dijo:

—¡Gracias, amiguito, por lo bien que haces mi tarea! ¿Parece que no va mal la pesca?

—No va del todo mal, respondió sencillamente el acuático matutero.

—Pero me parece que este estanque pertenece á mi tío, y que esos anzuelos son míos. Tu debías saberlo.

—Si... pero como no habeis venido á levantarlos al amanecer, y yo me encontraba aquí por casualidad...

—Con que es decir que es tu segunda pesca.

—La segunda... Lo confieso.

—¿Qué has hecho del pescado de esta mañana?

—Me lo he comido, replicó el chico con feroz alegría, enseñando sus dientes afilados como los de un lobezno.

—¿Y que cuentas hacer con este? le dijo Lionel señalándole la red que con disimulo ocultaba y en la que todavía coleaban una enorme carpa y dos soberbias anguilas.

—Esperaba venderlas.

—¡Bueno! pues yo te las compro.

—¡Vos!

—Si... toma, aquí tienes dos schelines... ¿te parece que están bien pagadas?

El pilluelo no respondió mas que con una loca exclamacion de alegría y dando dos ó tres cabriolas. Cogió los dos schelines, puso uno en cada mano y los miró alternativamente con tanta boca abierta.

¡Pobre chiquillo! jamás había tenido en sus manos un tesoro semejante.

—¿Como te llamas? le preguntó Lionel.

—Bob... para servirlos.

—Pues bien, Bob, lleva esos peces á la quinta.

—En casa del señor Garvis... Voy corriendo..... Pero mañana...

—Mañana, será como hoy... Somos socios, señor Bob, pero en lo sucesivo exijo que os vistsis con mas decencia.

En efecto, el pescadorcillo estaba tan andrajoso, que por muchas partes se le veían las carnes.

—Para vos ha de ser, dijo el muchacho despues de un momento de silencio y cual si hubiese estado reflexionando y con una misteriosa esperanza.

—¿Y qué ha de ser para mí? dijo Lionel.

—Ese es mi secreto. Hace un mes cerca que estoy acechando..... que aguardo....., pero dentro de algunos dias, ya será tiempo..... y entonces vereis..... vereis que Bob no es un ingrato.

Despues de está enigmática despedida, el muchacho dirigió un último á Dios á su jóven bienhechor y desapareció dando saltos y brincos por entre los sauces.

—¿Qué será esa rareza, esa maravilla que me guarda y reserva Bob? Murmuró Lionel, ¡pobre chiquillo! tiene buen corazon y quiero librarlo de la miseria... Entretanto, manos á la obra y continuaremos nuestro trabajo.

En efecto, tanto se distrajo en el trabajo, que llegó la noche y tuvieron los criados que venir á buscarle para la comida.

Aunque solo á la mesa, porque su tío Garvis no debía de volver sino hasta la mañana siguiente, Lionel prolongó su comida dándose por convidado á un gran shakspar. Que-

ría llegar á la cita lo mas tarde posible, á la hora de Alicia.

Un lejano relóy dió al fin la doce de la noche, la hora de las evocaciones de los fantasmas. Lionel se dirigió al cementerio murmurando suavemente para sí:

—Alicia, no vsta para mí oírte, quisiera verte.... ven.... ven.... blanca y graciosa sombra, ven... te llamo, te deseo, te aguardo.

Apenas acababa esta oracion, cuando de repnté un ruido le hizo volver la cabeza.

Acababa de abrirse la puerta de la capilla.

Sobre su umbral se hallaba en pie una graciosa y blanca sombra.

Aquella sombra que parecia deslizarse mas bien que andar, envuelta en un largo y flotante velo, se adelantó con silenciosa lentitud hácia Lionel que palpitante, fuera de sí, arrodillado casi, con las manos juntas, retrocedía callado para dejarla libre el paso.

En el aire se oía siempre aquella misma y dulce aspiracion, aquel mismo armonioso sueño.

Al pronto habia creído Lionel estar soñando.

Pero no... era realmente una fantasma... ó mas bien una jóven... porque habiendo la brisa nocturna separado su velo, entrevió una rubia cabellera, unos grandes y rasgados ojos azules estrañamente fijos, un rostro de una admirable belleza, pero pálido.

Continuando su camino llegó hasta la orilla del agua, se inclinó para coger algunas flores acuáticas, de las que parecia querer hacer un ramito.

Pero á algunos pasos de distancia, como olvidando sus flores, las volvió á dejar caer en la yerba.

Lionel que paso á paso la seguía, las recogió vivamente y las ocultó en su seno.

La aparicion se dirigió entonces hácia la canaleja de madera por donde desaguaba el estanque: sobre aquel estrecho y frágil pasadizo, atravesó el camino, luego despues de haberse vuelto una última vez hácia Lionel que estremecido quedaba al otro lado, desapareció al fin detrás de los álamos.

Desesperado de perderla así, y esperando todavía volverla á ver, Lionel saltó desde toda la altura del rellano al camino, lo pasó en cuatro brincos, y metiéndose en el barranco, llegó hasta la gran rueda del molino sobre la cual terminaba bruscamente el rústico acueducto. Allí por mucho que miró, buscó y escuchó... no encontró, ni vió, ni oyó ya mas nada... nada.

Varias veces dió la vuelta á la casa. No se sentía el menor ruido en el interior, ni brillaba luz alguna en las ventanas que se hallaban herméticamente cerradas, escepto una sola que se hallaba á lo lejos de la rueda casi al nivel de la canaleja.

Parecia entornada, pero la sombra que proyectaban los álamos en aquel punto, era tan espesa, que era imposible asegurarse bien de ello.

Intentó Lionel empujar una puerta, ladró de repente un perro, y temiendo ser tomado por un ladron, huyó, ó al menos retrocedió hasta cerca de la capilla.

Entonces únicamente puso algo en orden sus ideas y trató de reflexionar en todo aquello de que acababa de ser testigo.

¿Seria realmente el espectro de Alicia? ¿Seria alguna mu-

chacha de los alrededores, que habiendo sorprendido sus nocturnas evocaciones, tratase de burlarse de él representando el papel de la muerte?

En el momento en que Lionel se fijaba en esta hipótesis, le llamó la atencion una cosa blanca que flotaba por entre los zarzales, junto á los que habia pasado la fantasma.

Se precipitó hácia aquel mudo indicio, lo cogió, lo miró, lo tocó.

Era un pedazo de muselina, que evidentemente las espaldas habian arrancado de su velo.

Luego no era una sombra la que por allí habia pasado; era una muger.

Cada vez mas indeciso y mas perplejo, reunió Lionel esta segunda reliquia á las flores acuáticas que le habia dejado ya la sombra de Alicia, y dijo despues para sí:

—Mañana iré al molino.

IV.

Aquel molino irlandés, era un verdadero oasis rodeado á derecha é izquierda de praderas salpicadas de ganados dependientes de él, de forma que era al mismo tiempo una granja formada de dos alas de edificios con un gran patio en medio, rodeado de establos para los ganados.

En este patio entró á la mañana siguiente al medio dia Lionel.

No descubrió alma viviente en él, fuera de las gallinas, los pavos y los gansos.

Todas las gentes se hallaban en los campos.

Llamó... pero el ruido del molino impidió llegase su voz al oído de los trabajadores, ocupados sin duda en los pisos altos. Se determinó á entrar y subir al piso alto en donde desde lejos oía como una lastimera cancion que le llamó su atencion.

Guiándose por la voz, ó mas bien atraído por ella, subió lentamente la escalera, llegó á una especie de corredor oscuro, descubrió en el fondo de aquel corredor como una puerta entornada que daba paso á la luz del dia. Se dirigió hácia aquella puerta, la empujó sin ruido y silencioso, se aventuró á entrar en un cuarto pequeño muy aseado, y que era verdaderamente el nido virginal de una jóven.

Cerca de la ventana, distraida por un dulce rayo del sol, que hacia estremecer el viento al través de las hojas de un emparrado, la habitante de aquella fresca habitacion estaba haciendo labor y al coser talareaba con dulcísima voz una vieja balada irlandesa, cuyas palabras eran poco mas ó menos estas:

La doncella que se muere
Antes de los veinte años
Lleva en el féretro palma,
Por mortaja el velo blanco.
En eternal primavera
Allá en el cielo descanso,
Y hermana de las estrellas
Brilla allí fulgente astro!
Salud, hermosas estrellas
Del firmamento azulado,
En mí tendreis una hermana
Que irá pronto á acompañaros!

Al repetir este último verso se levantó por casualidad y se encontro cara á cara con Lionel.

Un grito de sorpresa, casi de terror, se escapó de los labios de la joven. Lionel permaneció mudo, mudo de estupor.

Aquella nueva aparicion era la que tantas veces habia pasado por su mente en sus ensueños. Era la que la noche anterior habia él seguido en el cementerio.

Admirables cabellos rubios, grandes y rasgados ojos azules, una celestial sonrisa, una esbelta y flexible cintura que no parecian pertenecer á nuestro mundo..... Pero sobre todo una estraña palidez..... la palidez de una muerta.

Durante algunos segundos miráronse conmovidos uno y otro los dos jóvenes cual si se conociesen, cual si despues de mucho tiempo tuvieran el placer de volverse á ver.

—Caballero... tartamudeó al fin la joven, con encantadora confusion... Caballero, ¿qué se os ofrece aqui?

Lionel dió una respuesta incomprensible, en que vagamente se agrupaban las palabras de vecindad, molinero, molino y prado.

Despues de un momento de silencio, la joven le dijo que iba á llamar á su abuelo.

Con un gesto suplicante la detuvo Lionel.

—No solo he venido por el señor..... sino tambien y sobre todo por vos.

—¿Por mí?

Al mirarla con mas atencion Lionel acababa... ¡Ay!.... de reconocer en ella los síntomas de ese mal desconocido que prematuramente hace volver al cielo tantos ángeles lanzados sobre la tierra. Si no era una muerta, tenia la palidez, la sonrisa, la mirada de las que están predestinadas á morir jóvenes.

Respondió pues:

—Señorita, la ciencia es rara en nuestro pobre pais.... y como he sabido que estabais mala... como soy doctor en medicina...

—¡Ah! exclamó, ¡qué contento se pondria mi abuelo si alguno pudiese devolverme la salud y salvarme la vida!

—¿Vuestro abuelo? pregunto Lionel, á quien por segunda vez chocaba esta palabra.

—Es el único pariente que me queda sobre la tierra. Es mi único amigo.

—¡Os olvidais de mí! exclamó el joven dejándose arrebatado por su ilusion. ¡Me olvidais... Alicia!

—¡Toma, exclamó admirada, con que sabeis mi nombre!

—¿Os llamais Alicia?

—Sí.

—Y cual es vuestra edad.

—Diez y siete años.

Era no solo el nombre, sino tambien la cifra grabada sobre el sepulcro del viejo cementerio.

Lionel se cubrió el rostro con las dos manos y estuvo vacilante á punto de caer en el suelo.

La joven se apresuró á darle una silla murmurando algunas dulces palabras, le hizo sentarse. En este movimiento la mano del joven se encontró con la de Alicia. Su mano tenia la frialdad del mármol.

Sentado despues enfrente de ella al preguntarle sobre las causas de su enfermedad, la contemplaba con angustia, con terror.

En el entretanto no tardó en reparar tambien que la ventana de aquel cuarto era precisamente la que daba encima del acueducto y por la cual habia podido entrar en el molino la fantasma.

Por otra parte acababa Alicia de pedirle su permiso para continuar su labor, y la labor en que se hallaba ocupada..... era el arreglo de un velo de muselina blanco.

—¿Para qué ceremonia contaís ponerós ese velo? la preguntó.

—Para la procesion de la Virgen, y no sé como se me ha roto una punta de él.

—No sabeis como...

—No, y es lástima, porque tengo que gobernarlo con esta muselina que veis aqui.

El pedazo de tela que indicaba Alicia, se hallaba sobre su costurero al alcance de la mano de Lionel. Cogiólo éste, sacó de su pecho el giron recogido en la zarza y se aseguró de que los dos pedazos rotos se adaptaban entre sí con perfecta igualdad.

—Pues es el pedazo justamente que faltaba á mi velo, dijo la joven, que no menos silenciosa que Lionel habia seguido todos sus movimientos: ¿dónde os lo habeis encontrado?

—Cerca de la capilla... en el viejo cementerio... respondió clavando en ella sus ojos.

Ella sin ruborizarse exclamó;

—Es lo que yo me habia figurado, lo que yo habia dicho á nuestra criada al retirar el velo que estaba secándose sobre la yerba, se habrá prendido á alguna zarza y se ha desgarrado.

Despues fijando su atencion en algunas flores medio secas que Lionel envolvía de nuevo en el pedazo de muselina, de donde las habia sacado por un momento:

—¡Ah! dijo sonriendo con no menos ingenuidad, ¿con que tambien os gustan las flores acuáticas? son mis flores favoritas... y jamás voy á pasearme á orillas del estanque sin traerme un ramito.

Ya no habia duda, era la que la noche antes habia visto Lionel salir de la capilla y volver al molino por el acueducto pasando al nivel de la ventana de su cuarto. Aquel camino presentaba un peligro, que una persona en su cabal juicio no se hubiera atrevido á desafiar... Pero Alicia tenia el aire de ignorarlo todo con la mejor buena fe del mundo... Habia en toda esta aventura una cosa tan estraordinaria, un misterio que no acababa de explicarse Lionel.

A menos de no admitir que fuese una de esas fatales criaturas que el infierno toma á veces prestadas de los sepulcros y que ellas mismas no tienen la conciencia de su doble vida... Un vampiro.

No... bastaba mirar á Alicia para desechar con indignacion, tan horrible pensamiento. Era tan dulce, tan pura! su alma cual su belleza no podian provenir sino del cielo.

Mientras estas confusas ideas batallaban entre sí en el perturbado cerebro de Lionel, la joven se habia quedado pensativa cual si por alguna simpática intencion del alma su meditacion tomase el mismo camino.

—En ese cementerio de que hablábamos hace poco, murmuró, hay una generacion entera de mi familia... ¡Están los sepulcros de mi madre, de mi abuela, que como yo se llamaba Alicia.

A esta última revelacion, Lionel se abandonó enteramente á su naturaleza entusiasta, y llevando á sus labios las queridas reliquias que iba á volver á colocar sobre su corazon,

—¡Oh! exclamó, todo se explica por sí mismo..... Gracias os doy ahora, Dios mio..... Es un ángel..... es una muger...

—No os comprendo, dijo la joven, mas con la mirada que no con la palabra. ¿Qué decís, caballero?... ¿qué haceis?

Mucho trabajo hubiera costado sin duda el responder á Lionel, pero en aquel momento un nuevo personaje se presentó en el umbral de la puerta.

V.

El que venia á terciar en esta inocente conversacion era el dueño de la quinta y del molino, era el abuelo de Alicia.

Se llamaba Patrik-Troil, y á pesar de su avanzada edad conservaba todavía aquel atlético verdor que parece ser el patrimonio de las antiguas razas. Era su rostro varonil, plateados sus cabellos y brillaban sus ojos con el mismo fuego que á la edad de veinte años. Apoyábase sonriendo en una escopeta que llevaba.

Deslumbrado al pronto por el brusco paso de la oscuridad del corredor á la claridad del cuarto de su nieta, no reparó al entrar en la presencia de Lionel, y estendiendo sus brazos á Alicia habia gritado con alegre voz paternal:



Vino á caer desmayada en los brazos de Lionel.

—¡Hola! ¡con que no me has sentido venir hoy... cuando no vienes á abrazarme?

Corrió Alicia á su encuentro, y sobre su frente pura depositaron un beso con felicidad los conmovidos lábios del anciano.

Reparando despues en Lionel,

—¡Un extraño aqui! dijo arrugando con severidad la frente.

Alicia tartamudeó algunas palabras de esplicacion casi ininteligibles.

—¿Quién sois, caballero? le preguntó Patrik-Troil.

—Me llamo Lionel Garvis.

Al oír aquel nombre el anciano se irguió de repente y con una soberbia cólera en la actitud y en la mirada:

—¡Lionel Garvis! exclamó; un Garvis no debía poner ja-

más los piés en la mansion de Patrik-Troil; marchaos al momento... marchaos.

—¡Caballero!... respondió el jóven asombrado de aquel inesperado recibimiento.

—¿No sabeis que Alicia es la hija de Obrian? prosiguió el anciano: no recordais ya á quien pertenece actualmente su herencia.

Habia en estas palebras un desprecio tal, y una intencion tan evidentemente insultante, que Lionel sintió salirle á la cara los colores.

Pero recobrando al instante mismo toda su sangre fria, toda su dignidad:

—Mi tío es un hombre de bien, contestó, y si el dominio de Obrian, ha pasado á sus manos, no ha podido ser sino legal y lealmente... Y no permitiré que nadie dude de ello en mi presencia.

A esta enérgica respuesta, Patrik-Troil hizo un nuevo gesto de cólera, pero llegó á calmarse y se contentó con responder con irónica amargura:

—Legalmente..... es posible..... y los jueces así lo han declarado.

Respeto la ley: no debo, no quiero... en la edad en que me hallo, lleno de canas... enseñaros á faltar al respeto á un hombre que como yo tiene canas. Pero esta casa nos ha quedado y mientras yo sea el dueño de ella, jamás el heredero del que se ha enriquecido con nuestros despojos, vendrá á desafiarme con su presencia. Eso seria casi una profanacion. ¿Lo habeis entendido, jóven? conque ahora retiraos.

—No antes de que me hayais oido... oido á solas, contestó Lionel con una respetuosa energía.

Esta resistencia acabó de exasperar á Patrik-Troil. Su rostro se encendió y brillaron sus ojos con un rayo de ferocidad.

—¡Nada de comun debe haber entre nosotros!..... exclamó.

No quiero oiros... no quiero... y por la tercera vez os mando que os marcheis de mi casa.

Y como Lionel no pareciese querer obedecer.

—¿Pero no os marchais? añadió el anciano, que llegando al paroxismo de su furor, levantó la escopeta, se la echó á la cara y apuntó al jóven.

Al ver aquello Alicia que hasta entonces no habia hecho mas que dirigir alternativamente á los dos sus miradas y gestos suplicantes, lanzó repentinamente un grito de terror y quiso arrojarle delante del arma amenazadora.

Pero quebrantada por tantas emociones, vaciló y retrocediendo en sus pasos vino á caer desmayada en los brazos de Lionel.

—¡Desgraciado! dijo estremecido el abuelo, la habeis muerto.

—¡No! se apresuró á responder el jóven, y ahora que no nos oye puedo hablaros... puedo deciros, que esta jóven se halla en peligro de muerte... que soy médico... que quiero salvarla...

—¡En peligro de muerte! dijo tartamudeando el anciano en quien se verificaba una súbita revolucion. Si... los otros me lo habian dicho ya eso, pero la habian deshauciado..... y vos, vos... Lionel Garvis...

—Yo... declaró solemnemente el jóven médico... ¡Delante de Dios que nos escucha os respondo de la vida de Alicia!

Cayóse la escopeta de las manos del anciano, que apenas podia sostenerla ya. Llenáronse sus ojos de lágrimas y con las manos juntas en ademan súplicante, casi de rodillas,

—Quedaos, dijo... volved todos los dias... salvad á mi hija... y no solamente lo olvidaré todo, sino que os bendeciré!...

(Se continuará.)

DOLORA.

LOS DOS ESPEJOS.

En el cristal de un espejo

A los cuarenta me ví,

Y hallándome feo y viejo

De rábía el cristal rompí.

Del alma en la transparencia

Mi rostro entonces miré,

Y tal me ví en la conciencia

Que el corazon me rasgué.

Y es que, en perdiendo el mortal

La fé, juventud y amor,

Se mira al espejo.... y, mal!

Se ve en el alma... y, peor!

CAMPOAMOR.

EL FASTIDIO.

¿Cuál es el mal que atormenta al hombre y hace su gloria? El mal mas arrojado, el mas tenaz, el mas rebelde, el mas indomable, el mal que cede mas dócilmente al mas ligero remedio, y que cualquier cosa puede hacer olvidar: el mal que temen los monarcas, los poderosos de la tierra, contra el que se arman de precauciones, de infinitos cuidados: el mal que el pastor, el labrador, combaten sin esfuerzos; el mal que afecta al mundo, conmueve las sociedades, trastorna los imperios: el mal, sin el cual la sociedad caería en la inercia; el mal que perdona á los locos y persigue á los sabios, que respeta la estupidez y ataca el genio; el mal de que quisiéramos hablar á nuestros lectores sin hacérselo sentir, es el que en España se llama *fastidio*.

El fastidio tiene su entrada en la corte. Se sienta gravemente sobre el trono al lado del monarca, reina con él y gobierna. En vano trabajan los cortesanos por apartar el fastidio del rey y de ellos; los coge, los apremia, los agobia. Los grandes le huyen, él los sigue por todas partes, se une á sus paseos: tratan de escapar de él con viages; se les oculta un instante, deja enganchar el carruaje; sube en él, y sin etiqueta ocupa el primer lugar.

Frecuentando las gentes del gran mundo, toma sus gustos, sus hábitos. De día se pone á la mesa con ellos, y come y bebe con ellos; vá con ellos á las cámaras, los acompaña por la noche á la ópera, y vuelve con ellos á su casa. ¿Para

dormir? De ninguna manera. Su placer es pellizcar la pupila que vá á cerrarse, y arrojar de ella el sueño. Nadie mas activo, mas infatigable. Vuela como el pensamiento, penetra como el fuego; se disfraza, se transforma, escapa á la vista, vuelve á parecer, y huye de nuevo. Hoy jaqueca, mal de nervios mañana, calenturas intermitentes al otro día, melancolía en Francia, esplin en Inglaterra, fastidio en España, disgusto por todas partes.

Sin embargo, sea vanidad, sea preocupacion de la educacion, el fastidio se muestra mas raramente en el taller del artesano que en el palacio del gran señor; mas raramente en el campo que en la ciudad.

La esteva del labrador, el martillo del herrero, el hacha, la sierra, el azadon, el cincel, hasta la misma aguja, bastan para derrotarlo; mientras que la espada del general, y la bayoneta del soldado en guarnicion no le causan el menor miedo.

Se adhiere á la paleta del pintor, á la pluma del escritor; toca la flauta, el violon, el arpa, el piano. El fastidio es artista, literato, poeta, filósofo, matemático, jurisconsulto, hombre de letras, erudito.

Su pasion por las cosas antiguas le ha hecho creer hermano de Apolo, ó el mismo Apolo, hermano ó padre de las nueve musas. Este es su doble error: el fastidio no es un ser fabuloso; es tan viejo como el tiempo: primogénito de Adan y de Eva, nació en el Eden. Su mal carácter se anunció desde niño, y muchas veces se le vió rebelarse contra sus padres. Creció, y no fué mejor. Escapó al Diluvio, estando escondido en un rincon del arca. Despues del diluvio, él fué el que hizo edificar la torre de Babel. Mas tarde fué á Egipto, donde presidió la construccion de aquellos gigantes monumentos, que llaman Pirámides. El fastidio permaneció cuarenta años con el pueblo hebreo en el Desierto. Bien pronto se volvió á encontrar en el palacio de un gran rey, que para desembarazarse de él, gastó en vano inmensas sumas.

El fastidio fué implacable, y Salomon no pudo vencerlo. Otro gran rey y gran conquistador, inquieto con la misma lucha, levantó un ejército, marchó contra los persas, los derrotó, y despues fué á conquistar el Asia: le siguió el fastidio.

El conquistador se hallaba en el apogeo de los honores, en el colmo de la gloria: los pueblos le creian hijo de Júpiter; él mismo trataba de persuadirse, pero al fin sucumbió el semi-dios, y murió de fastidio.

César se fastidiaba del imperio del mundo: sus sucesores hicieron lo mismo. Uno de ellos, para distraerse, hizo prender fuego á Roma por los cuatro costados. ¿Quién podrá decir el fastidio de los poetas, de Homero, Virgilio, Horacio? El primero, ciego y todo como estaba, paseaba su fastidio de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, cantando sus tristes versos. Virgilio echaba menos en la corte el no ser pastor; Horacio en su encantadora casa de campo conjura el fastidio, lo detesta, lo maldice, lo llena de injurias, y concluye por morir de él. Se vé que un inmenso fastidio envolvía al mundo antiguo.

¿La edad media, se ha fastidiado? Si, sin duda; pero mucho menos que los antiguos tiempos. La edad media es los buenos tiempos antiguos. Entonces el saber era alegre, la poesía se llamaba a gaya ciencia: los trovadores y menestrales cantaban.

El fastidio entraba poco en el interior de las casas; vivía á la parte de afuera; cantaba el malicioso por la noche al borde de las lagunas; asustaba las ranas, cuyos agudos gritos iban á despertar á la castellana. ¿Qué hubiera hecho el fastidio al lado del hogar? Hubiera encontrado allí la *vida de familia* que jamás ha amado. El fastidio es fátuo, vano; nuestros antepasados eran sencillos, buenas gentes. El fastidio es goloso, delicado gastrónomo; hubiera encontrado el vino comun, una mesa sin aparato; no hubiera visto ni un sofá, ni una butaca, y el fastidio, por infatigable que es, le gusta la comodidad. Así cuenta una antigua crónica, que el fastidio empezó á fastidiarse él mismo. Pero cuando vino el siglo del *renacimiento*, el fastidio se sintió *renacer*, y fué para él una época de gloria. Un hecho entre mil.

Nueve coronas daban sombra á la cabeza de un gran emperador. De repente el fastidio se presenta á Cárlos V, le mira cara á cara, palidece, arroja sus coronas, huye, y humilla su frente en un monasterio. Allí asustado de su vision, pide un ataúd, y se tiende en él en vida.

Sobre todo, en los *felices del siglo* es preciso buscar las víctimas del fastidio. ¿Veis ese hermoso palacio de Madrid, uno de los palacios mas hermosos del mundo; veis ese trono donde resplandece el oro, donde los diamantes mezclan su fulgor al de la púrpura? Pues ahí, un monarca despues de haber vencido las armas de Austria y de Inglaterra, despues de haberse asegurado en el trono español, despues de una larga guerra de sucesion de la dinastía de Borbon, Felipe V presa del fastidio, abdica la corona en su hijo Luis I, y arrebatado éste al año por la muerte, vuelve á peticion de la nacion española entera, á ceñir de nuevo la corona; empero en este mismo palacio, su sucesor Fernando VI vive presa de la mas negra melancolía, sin dejarse ver de nadie, sufre todos los rigores del fastidio. Huye de la corte, se encierra en lo mas retirado de su palacio, y solo los acordes acentos de Farinelli lo sacan de esa melancolía, cual en otro tiempo el arpa de David templaba las tristezas de Saul. Es que Dios tiene reservado tambien fastidio y dolores para el corazon de los reyes.

El siglo XIX tambien sufre el fastidio. El romanticismo de nuestra literatura ¿es otra cosa que el verbo fastidiarse, irregularmente conjugado en todos sus modos, en todos sus tiempos? ¿Hay remedio contra el fastidio? ¿Hay millares de ellos! hay las diversiones, los juegos de los grandes y los del pueblo; los juegos de la ciudad y los del campo; los juegos de la infancia y los de la edad madura; los juegos de los salvajes y los de los hombres civilizados; los juegos de los antiguos y los de los modernos. Hay los juegos de las naciones; estos son los mas ruidosos desde que han escogido por juguetes los horrendos instrumentos que lanzan el rayo.

Los griegos inventaron para distraerse los juegos olímpicos, la comedia, el pugilato, la tragedia. ¿Qué no han inventado los griegos? Los romanos añadieron los juegos del circo, el combate de los gladiadores. La edad media tenia sus torneos, sus trovadores, sus menestrales.

Cada pueblo tiene su remedio favorito: el turco, se acurruca y fuma; el alemán se sienta, fuma y medita; el chino se embriaga con opio; el inglés viaja alrededor del mundo; el español, echa un cigarro; los franceses tienen sus periódicos.

Los remedios contra el fastidio son innumerables, pero ¿son eficaces? Si no lo fuesen, los remedios serian peores

que la enfermedad. Multiplicar los remedios es acrecentar el fastidio, es exaltarlo, es hacerlo mas activo, mas intratable: testigos las ilustres víctimas de que hemos hablado. El hombre se distrae huyendo de él mismo, viviendo fuera de sí, impidiendo al pensamiento replegarse en sí mismo, paseándole sobre objetos exteriores, fijándose en ellos.

No verse, no vivir consigo mismo, esta es la triste ventaja que procuran al hombre los remedios contra el fastidio. Es decir, que para no fastidiarse recurre el hombre á la locura; porque estar privado de la razon, ó no hacer uso de ella, creo que viene á ser lo mismo. ¡Pobre corazon humano! ¡No te atreves á mirarte! Cuando te ves, se apodera de

tí el hastío! ¡Ah! es que eres un abismo, y un abismo inmenso. ¿Cómo cegar este abismo que te asusta? ¿Por la ciencia? No serviría mas que para hacerte ver sus profundidades. ¿Por los placeres? El bruto los busca: dejémoslos al bruto. ¿Por la gloria? La gloria no es mas que una palabra. ¿Por la posesion de un imperio? El globo no es mas que un grano de arena. ¿Por la del universo? El universo debe concluir.

Ser inmortal, al infinito aspiran tus insaciables deseos: solo el infinito puede satisfacerte. ¡Fastidio, yo te bendigo! ¡Al mostrarme mi miseria, tú me has revelado á Dios!

EL CONDE DE FABRAQUER.

LOS SALUDOS (1).



Saludo de un pretendiente.

Saludos á la inglesa.

Saludo del tiempo de Moliere.

(1) Véase el número anterior.